

## editorial

**N**o carece de Idea el macrismo, decíamos en el editorial de Ideas<sup>3</sup>, escrito cuando las marcas del camión que nos había golpeado de frente aún estaban frescas. Debajo de las fórmulas vacías y del marketing, escribíamos entonces, debe haber estructuras vigorosas que le den sentido y valor al proceso que estamos viviendo. El triunfo electoral del macrismo no era explicable meramente por el sentido común neoliberal. Una trama de Ideas debía sustentarlo.

Este editorial nos encuentra en un estadio mucho más avanzado del mismo proceso político que en ese momento sólo podía adivinarse, o temerse. A pocas cuadras de donde trazábamos en forma conjunta estos escorzos de Ideas un sábado por la tarde, se realizaba una marcha de apoyo al macrismo que sería presentada por medios y voceros oficiales como equiparando –e incluso superando– seis manifestaciones de resistencia al ajuste económico y social realizadas durante el mes de marzo de 2017 e invisibilizadas por esos mismos grandes medios. La significación de esa peculiar manifestación de apoyo al gobierno vigente contradice el modo en que éste construye su propio relato. Así como intenta ser “sin Idea”, también aspira a ser “sin Cuerpo”. Según el relato, sólo hay, por una parte, eslóganes y, por otra, neutros engranajes de la maquinaria estatal (con su imagen paradigmática en la policía antidisturbios) e individuos aislados y solitarios, vecinos y voluntarios que se auto-clasifican como gente de bien. Coherentemente, esos Cuerpos en la calle pensaban y aseveraban estar sueltos (actuar en forma espontánea), negando lo que en verdad estaban siendo: un Cuerpo organizado. Se afirmaban como un Cuerpo sin Cuerpo. Lo cual es fal-

so. Creen –ficción del atomismo mediante– estar buscando una salida individual, pero su actuar viene dictado por una lógica social que los excede y antecede, ontológica e históricamente.

Esa supuesta inorganicidad es, de alguna manera, la misma que se les asigna cuando se le resta importancia a esa manifestación (con argumentos de corte cuantitativo). No podemos ver sólo caos y arbitrariedad en nada de lo que está pasando. Ni en las marchas “espontáneas”, ni en la represión, ni en la política económica, ni en los gestos a veces torpes, a veces cínicos, a veces altaneros, a veces fríos, de los miembros del gobierno. No hay improvisación, ni “si pasa, pasa”, ni ensayo y error, cuando todos los indicadores guiñan para el mismo lado. No podemos confiar en que, por el peso de su supuesta inorganicidad, todo esto se desmiembre por sí solo y se transforme así en un episodio pasajero de nuestra historia. Tanto menos cuanto que, lejos de ser la excepción, aparece como una oscura regla que se cierne sobre el horizonte del planeta y de la historia.

Este nuevo ciclo del capitalismo que nos toca vivir está apenas esbozándose, pero algo parece no estar en duda: la miseria y la exclusión son inherentes a su funcionamiento (lo cual se vuelve aún más preocupante cuando consideramos que tanto la población mundial como la brecha distributiva crecen a velocidades nunca vistas por la historia humana, produciendo una inestabilidad social cuya contención es uno de los fines primeros de una organización política mínimamente racional). Si el búho de Minerva se conforma con alzar el vuelo al atardecer, no habrá manera de construir un refugio para afrontar las inclemencias que ya comienzan a arrasarnos. Ahora es el momento de pensar, y de trazar las Ideas que se integren a la trama del acontecer. Es el momento de un pensar amalgamado con el presente continuo y que no renuncia, sino que intenta interrogar y reformular los hechos y las interpretaciones, para contrarrestar la gestación de un nuevo sentido común que no es sino el intento de resucitar una serie de conceptos profundamente fosilizados. Es un pensar urgente, necesario, dialéctico –y a veces simplemente contradictorio y sin resolución–, actuante y transformador.

Hoy en la Argentina el Estado está al servicio de las clases dominantes, mientras la ideología individualista está a la orden del día. Éste limita su rol a la gerencia de negocios para los sectores económicos más concentrados, para las corporaciones eternizadas o para la espectacularización del accionar represivo. Se trata de un Estado

meramente formal, tal como se desprende de la actual concepción que desespera por palabras como “republicanismo” o “institucionalidad”, a la vez que las vacía de contenido hasta volverlas compatibles con una práctica absolutamente contradictoria y recargada de todos los vicios y atrocidades que siempre ven en los otros, en los opositores o en la anterior gestión. No es un esquema novedoso.

Sin embargo, existe algo específico, dos elementos en apariencia contrapuestos que podrían ayudar a concebir la Idea que nuestro país hoy encarna. Por un lado, un discurso de corte publicitario que hace hincapié en la alegría, el “si sucede, conviene” y el correspondiente desprecio del pensamiento crítico. Por otra parte: la creciente represión a la protesta, a los pobres, a los excluidos, a las mujeres, a las minorías sexuales, a los docentes, a los inmigrantes, incluso a los niños. La violencia en su espesor empodera a los ciudadanos a una salida individual cuyo eje es el desprecio del otro (y de lo otro). El resultado es una suerte de revolución cultural, donde el sistema de valores entra en crisis; incluso los valores que parecían más establecidos, como el respeto a las organizaciones de derechos humanos, la condena incondicional de la última dictadura militar o el rechazo a la represión como primer recurso, son puestos livianamente en cuestión (una liviandad por cierto pavorosa).

Pero el proceso de subjetivación que estamos observando no estaría completo sin la otra pinza, la contracara necesaria del envalentamiento represivo: el discurso de autoayuda, cuyo efecto es postergar en un futuro que cada vez parece estar más lejos los supuestos resultados benéficos para el individuo de la violencia ejercida sobre el otro. La alegría está puesta sólo en el futuro, y es por lo tanto esa esperanza que ya hace muchos siglos Spinoza condenó como una estrategia de coacción que en definitiva conduce a la disminución de la potencia, porque no hay esperanza sin temor. Una lógica sacrificial, ascética, se impone esquizofrénicamente, sin que nunca se hagan *presentes* los efectos mágicos que debería tener la transmutación de los valores económicos (el proteccionismo y el sostenimiento de la demanda popular son reemplazados por recetas que se dicen modernizantes para encubrir su evidente matriz ultraconservadora, que limita la bonanza del presente a los beneficiarios de la quita de retenciones, la toma de deuda y el levantamiento de las restricciones a la fuga de capitales). El pasado, por su parte, también queda desdibujado, como algo que debe dejarse atrás y que, al mismo tiempo

–o precisamente por ello– es horroroso, el horror encarnado por el populismo y sus avatares (una memoria corta, que sólo tiene en cuenta los últimos diez años, en contraposición con las luchas y resistencias, que suelen apelar a una memoria prolongada). Curiosa revolución ontológica, donde pasado y presente son sacrificados a una protensión que, por definición, no puede hacerse nunca actual. No es –como en la teoría clásica del tiempo– el presente el que se desgarran en futuro y pasado, sino el presente y el pasado los que se sacrifican en el altar del futuro y su esperanza teñida de miedo y superstición. Entonces, ¿qué queda? Nada, sólo un falso presente de pura especulación, renuncia y resentimiento. Un desierto sin abrigo, sin alivio, ni sonido del agua. Sólo nos muestran terror en un puñado de polvo.

Dijimos “revolución cultural”, pero para ser más precisos debemos decir que estamos ante una disputa. Disputa de Ideas y disputa de Cuerpos. Por otra parte, la Idea que cobijó nuestras esperanzas de un Estado orgánico y no meramente formal, de una comunidad organizada que protegiera a todos sus miembros y fomentara el crecimiento conjunto, no ha desaparecido –más allá de que, como siempre, nunca devino real sin diferir de aquello que encarnaba. Esa Idea es la que resuena, más o menos distante, en las múltiples luchas que pueblan el presente: lucha de los docentes, lucha de las mujeres, lucha de los desocupados, lucha por la memoria, la verdad y la justicia, lucha de los investigadores y becarios del CONICET, etc. Las luchas pueden ser muy intensas y multitudinarias –como suelen serlo las marchas en las cuales se expresan– pero esas intensidades tienen una potencia limitada en la medida en que no encuentran todavía una Idea que las entrelace. Los Cuerpos se lanzan a la calle de forma explosiva, pero también efímera. Son rápida presa del cansancio y el desgaste. El desafío, a nivel local y global (donde también las luchas contra el capitalismo, aún ciegas a las características de esta nueva etapa, se multiplican) es darle consistencia, duración, *conatus* a esa trama de luchas. Para eso hacen falta Ideas que les den sentido y potencia. Ideas que sean capaces de cubrir todas las demandas y ser eficaces. Ideas que no se escriben en una torre de marfil, sino que surgen de la interacción de esos mismos Cuerpos a los cuales se entrelazan, y que nosotros aspiramos a expresar en palabras.

Tal es el rol de las humanidades en la batalla cultural: pensar y expresar los juegos de Ideas y Cuerpos que van construyendo nuestra realidad. El desmantelamiento del CONICET que este gobierno

ha emprendido con decisión desde diciembre del año pasado no es sino una de las tantas violencias institucionales que lo caracterizan. En su relación recíproca con la lógica publicitaria, la posibilidad de una reflexión que conecte los dos planos negados (las Ideas y los Cuerpos) debe ser reprimida. El pensamiento crítico es un fantasma que sobrevuela nuestra tierra, quizás toda América Latina. *Ideas, revista de filosofía moderna y contemporánea*, ya lo hemos dicho, surgió de un grupo de investigadores que se desarrollaron bajo el amparo de una lógica institucional según la cual formar filósofos era un destino valioso de los fondos estatales. Nuestros productos eran considerados parte importante del tejido de la comunidad organizada que el Estado debe producir y proteger. Ese valor es ahora claro objeto de transmutación, como lo expresa el desprestigio de la investigación en ciencias humanas enunciado por las esferas más altas del Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva y del CONICET. Fue reforzado por la campaña de *trolls* que plagaron Internet de calumnias como parte de la estrategia oficial de desactivar virtualmente la lucha iniciada en diciembre pasado por mantener el necesario crecimiento del organismo para darle continuidad al proyecto de desarrollo de la ciencia argentina (campaña de la cual no se salvaron las ciencias duras).

Nos encontramos desamparados en lo simbólico, mientras las tareas concretas que impone el sistema bien aceitado de la burocracia científica (que tenía plena significancia para nosotros cuando iba acompañada de ese sentido perdido) continúan vigentes, aún incrementándose. Cómo trabajar, cómo hacer filosofía, cómo producir Ideas en esta tierra baldía en que se ha transformado el Estado es una pregunta urgente. En ese sentido, esta revista, junto con la Red Argentina de Grupos de Investigación en Filosofía (RAGIF), se vuelven herramientas indispensables, cuya existencia produce esas pasiones alegres vinculadas con el aumento de la capacidad de actuar, intraducibles a la lógica publicitaria y su alegría esencialmente esquiva por las que nos negamos a reemplazarlas. Ese aumento de la capacidad de actuar no puede tener lugar desde una perspectiva individual, sino que sólo puede efectuarse a través de una trama y resistencia grupal, en las Ideas y Cuerpos colectivos, en los encuentros que no dejamos de provocar.

*Ideas, revista de filosofía moderna y contemporánea*

**artículos**